

# **Domingo a las doce**

**José Alberto Vatalaro**

**U**n montón de gente esperaba y el Gordo con un hambre de padre y señor nuestro. La rosticería estaba llena el domingo a las doce y, a pesar del movimiento febril de los empleados, la cola avanzaba lento. Entonces, el Gordo no aguantó más y se resignó a volar al cenit a esperar su turno. Iban por el catorce y él tenía el treinta y cinco. Para distraerse y no caer en la tentación miraba dar vueltas las aspas del ventilador de techo y por momentos las tetas de Clarita. Hacía como dos horas que no comía. Una eternidad. Había embuchado apenas dos litros de mate cocido y un pan dulce

entero en la mañana. Pero claro, a pesar de su forzado intento, no podía quitarle los ojos a esas exquisiteces multicolores que le chistaban en la nariz, brillantes por sí mismas, contagiando bienestar.

El primer objeto que distinguió fue una calabaza rellena gratinada al horno que no demoró más de medio minuto en perderse de vista dentro de un envoltorio de papel. Venía cerca una fuente de canelones de espinaca con salsa blanca y queso que, por lo bajo, calculó serían unos veinticuatro bien apiladitos.

¡Vaya!, a la derecha humeaba media olla de puchero a la española flanqueada por seis fritangas de surubí a la provenzal con su primoroso olor a ajo. El Gordo no sabía para dónde mirar. Todo un mostrador era de tallarín con salsa mixta y en el otro ya asomaban las albóndigas con papas, el consabido bife de ternera y las croquetas de acelga que nunca faltan. Al lado de las empanadas marchaba un matambre de ternera al horno y una torre interminable de tortillas babosas de papa, cebolla y chorizo colorado.

Mientras conserve la memoria no olvidaré la cara de sufrimiento del Gordo el domingo a las doce, esperando su turno en la rosticería. Se veía que no aguantaba más. Él quería concentrarse y seguir colgado de su cenit cuando sintió un nuevo, exquisito olor, y vio venir un pernil de cerdo con cuero y chucrut, y un caldito de rabo y verduras especial para el invierno. Daba impresión mirarle los gestos al Gordo. Se relamía. Y por más que estuviesen clavados sus ojos en el caldito de rabo ni loco se perdió de ver marchar la docena de budincitos de arroz que, en menos de lo que canta un gallo, la borró del mapa una parrillada criolla completa con riñón, tripa gorda, molleja y chinchulín.

Al fin de cuentas, este desfile de manjares fue barrido de un soplo por tres porciones de queso fresco y batata tan grandes que bastaron para cubrir por completo la bandeja de cartón, un zapallo en almíbar saliéndose por los bordes de un Tupper colorado y una apetitosa crema chantillí perlada metida a presión entre dos merengues. Al Gordo se le iban los ojos, entretanto un hilito de baba le caía por la comisura y comenzaba a temblarle el brazo izquierdo.

Recién iban por el veinte.

En un momento quedó duro. Pobre Gordo. De abajo para arriba se le fue poniendo roja la cara empezando por el cuello. Tanto abría la boca haciendo

---

fuerza para respirar que sus ojos giraron hasta quedarse mudos. Ojos que no hablan. Me asusté. Nos asustamos. Parecía un zombi. La baba entonces se hizo espuma y ahora le temblaba todo el cuerpo. De pronto dio un brinquito y cayó a plomo de su cenit, desmoronándose a los pies de todos nosotros con el treinta y cinco celestino apretado en la mano, un hambre de la madona y veinticinco de presión.

Como pude, evité que lo pisara un grandote pelotudo que salía poco menos que corriendo con dos pizzas de queso y un emparedado especial de pollo.

Nunca me fue dado participar de otra visión tan patética. Lo juro. Y eso que al Gordo ya lo había observado en montones de circunstancias parecidas: esperando que esté listo el asado de los jueves en el club con los muchachos, por ejemplo.

El domingo a las doce en la rosticería le falló el corazón, pobre Gordo, y un día después fue fiambre, parece mentira, tanto que le gustaba el jamón. No lo pudieron salvar.

El Gordo era buena gente, nadie puede decir lo contrario, gentil y hospitalario, noble y cumplidor. Hombre simple y de palabra, un amigo al que le gustaba comer.

Ni adiós le pude decir. Lo voy a extrañar.

---